

7, marzo, 2004

**A todas las comunidades**  
*Sobre el Día del Seminario*

Queridos hermanos y hermanas:

Al comunicarme con vosotros, entrada la Cuaresma, pido al Señor que ponga en mis palabras una fuerte corriente de aliento para toda nuestra Diócesis. Es mi oración diaria al Espíritu Santo. Es tiempo de gracia, siempre lo es. Es tiempo de vivir la fe en Jesús, que se traduce en verdad, en libertad, en servicio, en amor, en esperanza. Con la vida de Jesús, con su Pasión, Muerte y Resurrección, con el Espíritu y el agua, el Padre volvió a crear un hombre nuevo sobre la tierra. Así lo llama S. Pablo. Somos nosotros.

Es tiempo de pensarlo, agradecerlo y vivirlo con esfuerzo y coherencia, por nosotros y por nuestro mundo.

Con la misma sinceridad y confianza he de hablaros de nuestro Seminario Diocesano, y de la responsabilidad ineludible de todos nosotros con él.

Tal vez habéis notado que hemos deslizado de algún modo el punto de interés y el apoyo que hace años pedíamos con especial acento. Junto a vuestra oración era entonces reclamar la aportación económica al Seminario, que entre todos hemos de mantener. Esta atención os la seguimos pidiendo. Porque a las personas o cosas que estimamos les damos tiempo y les ofrecemos nuestra economía con generosidad.

Pero habéis observado que, de unos años acá, la insistencia la ponemos en reclamar sobre todo vuestra oración permanente, como nos mandó el Señor. La vocación al sacerdocio es una gracia que se pide de rodillas, se pide por todos, en las parroquias, en las familias, en la catequesis, en los colegios, también los enfermos. Muchas parroquias tienen señalado el jueves como el día sacerdotal.

Sin esperanza no se pide. Pero la esperanza es, a la vez, una llamada a nuestra responsabilidad.

Os lo digo, porque entre otros obstáculos, bien sabéis que por muchos no se valora el servicio del sacerdote, en determinados ambientes se da una permanente oposición, cualquier deficiencia se generaliza. A muchos jóvenes creyentes les asusta el "para siempre".

Por esto mismo y a pesar de tantas dificultades he de deciros libremente que necesitamos seminaristas. Esto lo entendéis bien los creyentes. Paraos a pensar cada uno ¿valoro el ministerio sacerdotal? ¿Por qué? ¿Qué respuesta doy y debo dar?

Ante un ambiente, nada fácil, nuestra respuesta es la plegaria de todos, es la responsabilidad consciente y común, es la esperanza en el Señor y en los jóvenes y en los niños. A ellos, sobre todo, les recordamos este año, unas palabras de Jesús que recoge S. Pablo. Son éstas: *"Hay más alegría en dar que en recibir"*.

Espero, pues, que aceptéis el tono apremiante de mis palabras. El Señor nos oirá. El Seminario es de todos. Nuestro esfuerzo es mayor y la esperanza más fuerte, porque el ambiente no es propicio. Es hora de todos. Es hora del Señor.

Con vosotros saludo a nuestros seminaristas y les animo. Y saludo a sus formadores y profesores. Y al Secretariado de Pastoral Vocacional. Con vosotros saludo cordialmente a vuestros sacerdotes, mis hermanos. Y a todos puedo decirles que cuentan con vosotros. Y les digo la verdad.

Encomiendo a S. José este empeño común. Él cuidó de Jesús, el “primer seminarista”, y de la Virgen. En su fiesta con todo sentido desde hace años se celebra el *Día del Seminario*.

Cierro mi carta pensando en la Virgen María. La Inmaculada es patrona de nuestro Seminario Diocesano. Ella es Madre que lleva al sacerdocio. Ella y S. Miguel.

Os agradezco la atención que prestéis a mi carta. Y debo agradeceros la acogida a los seminaristas, que en estas fechas visitarán muchas parroquias, colegios y se reunirán con grupos de jóvenes y de niños. Los seminaristas, al regreso al Seminario, me cuentan con emoción vuestro afecto a ellos.

A través de vuestro sacerdote, o si la leéis personalmente, os hago llegar mi saludo de hermano en el Señor.